

El conde Magnus - M. R. James

[The Project Gutenberg eBook of Ghost Stories of an Antiquary, by M. R. James](#)

Traducción: Elejandría

El conde Magnus

El modo en que llegaron a mis manos los papeles con los que he compuesto este relato continuado es lo último que el lector averiguará en estas páginas. Pero, antes de pasar a mis extractos, es necesario anteponer una explicación sobre la forma en que los poseo.

Consisten, pues, en parte en una serie de materiales reunidos para un libro de viajes, uno de esos volúmenes tan habituales en los años cuarenta y cincuenta. El *Diario de una estancia en Jutlandia y las islas danesas*, de Horace Marryat, es una buena muestra de la clase a la que aludo. Tales libros solían ocuparse de alguna comarca poco conocida del continente. Iban ilustrados con grabados en madera o láminas de acero. Daban detalles sobre el alojamiento en los hoteles y sobre los medios de comunicación, como los que hoy esperamos encontrar en cualquier guía bien hecha, y se nutrían en buena medida de conversaciones referidas con extranjeros inteligentes, posaderos pintorescos y campesinos parlanchines. En una palabra: eran libros muy charlatanes.

Iniciados con la idea de proporcionar material para un libro de esa índole, mis papeles fueron adquiriendo, a medida que avanzaban, el carácter de la crónica de una única experiencia personal, crónica que se prolongó hasta casi la víspera misma de su desenlace.

El autor era un tal Mr. Wraxall. Para cuanto sé de él dependo por entero del testimonio que aportan sus escritos, y de ellos deduzco que era un hombre que había pasado de la mediana edad, dueño de cierta fortuna privada y muy solo en el mundo. Al parecer no tenía residencia fija en Inglaterra, sino que era morador de hoteles y

casas de huéspedes. Es probable que abrigara la idea de instalarse en algún momento futuro que nunca llegó; y creo asimismo verosímil que el incendio del Pantechicon, a principios de los años setenta, debió de destruir buena parte de lo que habría arrojado luz sobre sus antecedentes, pues alude una o dos veces a bienes suyos que tenía almacenados en aquel establecimiento.

Resulta además evidente que Mr. Wraxall había publicado un libro, y que este trataba de unas vacaciones que en cierta ocasión pasó en Bretaña. Más de esto no puedo decir acerca de su obra, pues una diligente búsqueda en los repertorios bibliográficos me ha convencido de que debió de aparecer o bien de forma anónima o bien bajo seudónimo.

En cuanto a su carácter, no es difícil formarse una opinión superficial. Debió de ser un hombre inteligente y culto. Parece que estuvo a punto de ser elegido Fellow de su college de Oxford — Brasenose, según colijo del Calendar—. Su defecto dominante era, a las claras, el de una curiosidad excesiva, defecto acaso bueno en un viajero, pero defecto, sin duda, que este viajero pagó hartó caro al final.

En la que resultó ser su última expedición, andaba planeando otro libro. Escandinavia, región poco conocida por los ingleses hace cuarenta años, le había parecido un campo interesante. Debió de tropezar con algunos viejos libros de historia o de memorias suecas, y se le había ocurrido la idea de que había espacio para un libro que describiera un viaje por Suecia, salpicado de episodios sacados de la historia de algunas de las grandes familias suecas. Se procuró, por tanto, cartas de presentación para ciertas personas de calidad en Suecia, y partió hacia allá a comienzos del verano de 1863.

De sus viajes por el norte no hay necesidad de hablar, ni de su estancia de algunas semanas en Estocolmo. Solo me hace falta mencionar que cierto erudito residente allí le puso sobre la pista de una importante colección de papeles familiares pertenecientes a los

propietarios de una antigua casa solariega de Vestergothland, y le consiguió permiso para examinarlos.

La casa solariega, o *herrgård*, en cuestión habrá de llamarse Råbäck (que se pronuncia algo así como *Roebeck*), aunque ese no sea su nombre. Es uno de los mejores edificios de su clase en todo el país, y el grabado que de ella aparece en la *Suecia antiqua et moderna* de Dahlenberg, grabado en 1694, la muestra muy parecida a como puede verla hoy el viajero. Fue construida poco después de 1600 y, hablando en términos generales, se asemeja mucho a una casa inglesa de aquel periodo, tanto en los materiales —ladrillo rojo con remates de piedra— como en el estilo. El hombre que la edificó era vástago de la gran casa de los De la Gardie, y sus descendientes la poseen todavía. De la Gardie es el nombre con que los designaré cuando sea necesario mencionarlos.

Recibieron a Mr. Wraxall con gran amabilidad y cortesía, y le instaron a alojarse en la casa todo el tiempo que durasen sus investigaciones. Pero él, que prefería ser independiente y desconfiaba de su capacidad para conversar en sueco, se instaló en la posada del pueblo, que resultó bastante cómoda, al menos durante los meses de verano. Tal disposición le suponía un breve paseo diario de ida y vuelta a la casa solariega, de poco menos de una milla. La casa propiamente dicha se alzaba en un parque y estaba protegida —diríamos arropada— por grandes árboles añosos. Cerca se hallaba el jardín amurallado, y luego se entraba en un bosque espeso que bordeaba uno de los pequeños lagos de que está acribillada toda aquella región. Después venía la tapia de la finca, y se trepaba por un altozano escarpado —un peñasco apenas cubierto de tierra—, y en lo alto se erguía la iglesia, cercada de árboles altos y oscuros. Era un edificio curioso a ojos ingleses. La nave y las naves laterales eran bajas, y estaban llenas de bancos y tribunas. En la tribuna occidental se hallaba el hermoso órgano antiguo, alegremente pintado y con tubos de plata. El techo era plano, y un artista del siglo XVII lo había adornado con un extraño y espantoso «Juicio Final», lleno de llamas siniestras, ciudades que

se derrumbaban, naves en llamas, almas que gritaban y demonios pardos y sonrientes. Hermosas coronas de latón pendían del techo; el púlpito parecía una casa de muñecas cubierta de querubines y santos de madera pintada; un soporte con tres relojes de arena iba abisagrado al atril del predicador. Tales estampas pueden verse hoy en muchas iglesias de Suecia, pero lo que distinguía a esta era un añadido al edificio original. En el extremo oriental de la nave norte, el constructor de la casa solariega había erigido un mausoleo para sí y para su familia. Era un edificio bastante grande, de ocho lados, iluminado por una serie de ventanas ovaladas, y tenía un techo abovedado, rematado por una especie de objeto en forma de calabaza que se elevaba en una aguja, forma en la que tanto se complacían los arquitectos suecos. El techo era de cobre por fuera, y estaba pintado de negro, mientras que los muros, igual que los de la iglesia, eran de un blanco deslumbrante. A este mausoleo no se accedía desde la iglesia. Tenía su propia portada y su propia escalinata en el lado norte.

El sendero que lleva al pueblo pasa junto al cementerio, y en no más de tres o cuatro minutos se planta uno en la puerta de la posada.

El primer día de su estancia en Råbäck, Mr. Wraxall encontró abierta la puerta de la iglesia y tomó esas notas del interior que he compendiado. En el mausoleo, en cambio, no logró entrar. Mirando por el ojo de la cerradura, apenas alcanzó a distinguir que había hermosas efigies de mármol y sarcófagos de cobre, así como una profusión de ornamentos heráldicos, lo cual le dejó muy ansioso por dedicar algún tiempo a su examen.

Los papeles que había ido a examinar a la casa solariega resultaron ser justo de la clase que quería para su libro. Había correspondencia familiar, diarios y libros de cuentas de los primeros dueños de la hacienda, llevados con gran esmero y escritos con claridad, repletos de detalles divertidos y pintorescos. El primer De la Gardie aparecía en ellos como un hombre fuerte y capaz. Poco después de levantarse la mansión había habido un periodo de

penuria en la comarca, y los campesinos se habían sublevado y atacado varias casas señoriales, causando algunos daños. El dueño de Råbäck desempeñó un papel principal en la represión de los disturbios, y se hacía referencia a ejecuciones de cabecillas y a severos castigos infligidos sin mano blanda.

El retrato de este Magnus de la Gardie era uno de los mejores de la casa, y Mr. Wraxall lo estudió con no poco interés tras su jornada de trabajo. No da de él una descripción detallada, pero deduzco que el rostro le impresionó más por su fuerza que por su belleza o su bondad; de hecho, escribe que el conde Magnus era un hombre de una fealdad casi fenomenal.

Aquel día Mr. Wraxall cenó con la familia y regresó caminando en el atardecer tardío, aunque todavía luminoso.

«Debo acordarme —escribe— de preguntar al sacristán si puede dejarme entrar en el mausoleo de la iglesia. Es evidente que él tiene acceso, pues esta noche lo he visto en pie sobre la escalinata y, según me ha parecido, cerrando o abriendo la puerta con llave.»

Encuentro que, temprano al día siguiente, Mr. Wraxall mantuvo cierta conversación con su posadero. Que la consignara con la extensión con que lo hace me sorprendió al principio; pero pronto comprendí que los papeles que leía eran, al menos en su comienzo, los materiales para el libro que meditaba, y que este iba a ser una de esas producciones cuasiperiodísticas que admiten la incorporación de una mezcla de materia conversacional.

Su objetivo, dice, era averiguar si pervivía alguna tradición del conde Magnus de la Gardie en los escenarios de la actividad de aquel caballero, y si el juicio popular sobre él era favorable o no.

Descubrió que el conde no gozaba, ni mucho menos, de simpatías. Si sus arrendatarios llegaban tarde al trabajo en los días que le debían como señor de la hacienda, los montaban en el caballo de madera, o los azotaban y marcaban a fuego en el patio de la casa solariega. Hubo uno o dos casos de hombres que habían ocupado

tierras que invadían el dominio del señor, y cuyas casas habían ardido misteriosamente en una noche de invierno, con toda la familia dentro. Pero lo que más parecía rondar la mente del posadero — pues volvió sobre el asunto más de una vez— era que el conde había hecho la Peregrinación Negra, y que había traído consigo algo, o a alguien, de vuelta.

Es natural que el lector se pregunte, como hizo Mr. Wraxall, qué pudo ser la Peregrinación Negra. Pero su curiosidad al respecto habrá de quedar insatisfecha por el momento, igual que quedó la de aquel. El posadero se mostraba, a las claras, reacio a dar una respuesta completa o, mejor dicho, respuesta alguna sobre el punto y, al ser reclamado un instante, salió a toda prisa con evidente alivio, para asomar la cabeza por la puerta unos minutos después y anunciar que lo llamaban a Skara y que no estaría de vuelta hasta la noche.

De modo que Mr. Wraxall hubo de marchar insatisfecho a su jornada de trabajo en la casa solariega. Los papeles de que se ocupaba justo entonces no tardaron en encauzar sus pensamientos por otro derrotero, pues debía dedicarse a repasar la correspondencia entre Sophia Albertina, en Estocolmo, y su prima casada Ulrica Leonora, en Råbäck, en los años 1705-1710. Las cartas tenían un interés excepcional por la luz que arrojaban sobre la cultura de aquel periodo en Suecia, como puede atestiguar cualquiera que haya leído su edición íntegra en las publicaciones de la Comisión Sueca de Manuscritos Históricos.

Por la tarde había terminado con estas y, tras devolver a su sitio en el estante las cajas en que se guardaban, pasó, con toda naturalidad, a descolgar algunos de los volúmenes más próximos, a fin de determinar cuál de ellos convendría que fuese su principal objeto de investigación al día siguiente. El estante con que había dado lo ocupaba, en su mayor parte, una colección de libros de cuentas de puño y letra del primer conde Magnus. Pero uno de ellos no era un libro de cuentas, sino un libro de tratados alquímicos y de otra índole, escrito por otra mano del siglo XVI. Como no estaba

muy familiarizado con la literatura alquímica, Mr. Wraxall dedica mucho espacio que bien podría haberse ahorrado a consignar los títulos y los comienzos de los diversos tratados: el libro del Fénix, el libro de las Treinta Palabras, el libro del Sapo, el libro de Miriam, la *Turba philosophorum*, y así sucesivamente; y luego anuncia con no poca solemnidad la dicha que le causó encontrar, en una hoja originalmente dejada en blanco hacia la mitad del libro, unas líneas de mano del propio conde Magnus, encabezadas «Liber nigræ peregrinationis». Ciertamente es que solo había escritas unas pocas líneas, pero bastaban de sobra para demostrar que el posadero se había referido aquella mañana a una creencia al menos tan antigua como los tiempos del conde Magnus, y probablemente compartida por él. He aquí, traducido, lo que allí estaba escrito:

«Si algún hombre desea obtener una larga vida, si quiere obtener un mensajero fiel y ver la sangre de sus enemigos, es preciso que vaya primero a la ciudad de Corazín, y que allí salude al príncipe...». Aquí había una palabra borrada, no de manera muy concienzuda, de modo que Mr. Wraxall tuvo la casi certeza de acertar al leerla como *aëris* («del aire»). Pero no se había copiado más texto, salvo una línea en latín: *Quære reliqua hujus materie inter secretiora*. (Busca el resto de esta materia entre las cosas más secretas.)

No podía negarse que esto arrojaba una luz harto siniestra sobre los gustos y las creencias del conde; pero a Mr. Wraxall, separado de él por casi tres siglos, la idea de que a su vigor general hubiera podido sumar la alquimia, y a la alquimia algo semejante a la magia, no hacía sino convertirlo en una figura más pintoresca; y cuando, tras una contemplación bastante prolongada de su retrato en el salón, Mr. Wraxall emprendió el camino de vuelta, llevaba la cabeza llena del conde Magnus. No tenía ojos para cuanto lo rodeaba, ni percepción alguna de los aromas vespertinos de los bosques ni de la luz del atardecer sobre el lago; y cuando, de pronto, se detuvo en seco, le asombró encontrarse ya ante la cancela del cementerio, a pocos minutos de su cena. Sus ojos se posaron en el mausoleo.

—Ah —dijo—, conde Magnus, ahí estás. Cuánto me gustaría verte.

«Como muchos hombres solitarios —escribe—, tengo por costumbre hablar conmigo mismo en voz alta; y, a diferencia de algunas partículas griegas y latinas, no espero respuesta. Desde luego, y por fortuna quizá en este caso, no hubo voz ni quien atendiese: solo la mujer que, supongo, estaba limpiando la iglesia dejó caer al suelo cierto objeto metálico, cuyo tañido me sobresaltó. El conde Magnus, creo yo, duerme con bastante sosiego.»

Aquella misma noche, el posadero, que había oído a Mr. Wraxall decir que deseaba ver al clérigo o diácono (como se le llamaría en Suecia) de la parroquia, se lo presentó en la salita de la posada. Pronto se concertó una visita al panteón de los De la Gardie para el día siguiente, y siguió una breve charla general.

Mr. Wraxall, recordando que una de las funciones de los diáconos escandinavos es instruir a los candidatos a la Confirmación, pensó en refrescar su propia memoria sobre cierto punto bíblico.

—¿Puede decirme algo —preguntó— acerca de Corazín?

El diácono pareció sobresaltarse, pero le recordó sin más cómo aquella aldea había sido execrada en otro tiempo.

—Sin duda —dijo Mr. Wraxall—; supongo que ahora no será más que una ruina.

—Eso me figuro —repuso el diácono—. He oído a algunos de nuestros viejos sacerdotes decir que allí ha de nacer el Anticristo; y hay relatos...

—¡Ah! ¿Qué relatos son esos? —terció Mr. Wraxall.

—Relatos, iba a decir, que he olvidado —dijo el diácono; y poco después dio las buenas noches.

El posadero se hallaba ahora solo, y a merced de Mr. Wraxall; y aquel indagador no estaba dispuesto a darle cuartel.

—Herr Nielsen —dijo—, he averiguado algo sobre la Peregrinación Negra. Más le vale contarme lo que sepa. ¿Qué se trajo consigo el conde?

Acaso los suecos sean por costumbre lentos en responder, o acaso el posadero fuese una excepción. No estoy seguro; pero Mr. Wraxall anota que el posadero pasó al menos un minuto mirándolo antes de decir nada en absoluto. Luego se acercó mucho a su huésped y, con no poco esfuerzo, habló:

—Mr. Wraxall, puedo contarle este único relato, y nada más; nada más. No debe preguntar nada cuando haya terminado. En tiempos de mi abuelo —es decir, hace noventa y dos años— había dos hombres que dijeron: «El conde ha muerto; nos trae sin cuidado. Iremos esta noche a cazar a placer en su bosque» —el bosque largo de la colina que ha visto usted detrás de Råbäck—. Pues bien, los que les oyeron decir esto les advirtieron: «No, no vayáis; estamos seguros de que os encontraréis con personas que andan y que no deberían andar. Deberían reposar, no andar». Aquellos hombres se rieron. No había guardabosques que vigilaran el bosque, porque nadie quería vivir allí. La familia no estaba aquí, en la casa. Aquellos hombres podían hacer cuanto quisieran.

—Muy bien; aquella noche van al bosque. Mi abuelo estaba sentado aquí, en esta misma sala. Era verano, y la noche era clara. Con la ventana abierta, podía ver el bosque y oír.

—Allí estaba sentado, y con él dos o tres hombres, y escuchaban. Al principio no oyen nada en absoluto; luego oyen a alguien —ya sabe usted lo lejos que está—, oyen gritar a alguien, igual que si le estuvieran retorciendo y arrancando lo más hondo del alma. Todos los que había en la sala se agarraron unos a otros, y así permanecieron tres cuartos de hora. Luego oyen a otro, a solo unas trescientas varas. Lo oyen reír a carcajadas: no fue ninguno de aquellos dos hombres el que rió y, en verdad, todos ellos han dicho que no fue hombre alguno. Después oyen cerrarse una gran puerta.

—Luego, cuando apenas clareaba el sol, fueron todos a ver al sacerdote. Le dijeron: «Padre, póngase el hábito y la gorguera, y venga a enterrar a estos hombres, Anders Bjornsen y Hans Thorbjorn». Comprenda usted que estaban seguros de que aquellos hombres habían muerto. Así que fueron al bosque —mi abuelo no lo olvidó jamás—. Decía que todos ellos parecían otros tantos muertos. También el sacerdote estaba pálido de espanto. Cuando llegaron a él, dijo: «Oí un grito en la noche, y luego oí una risa. Si no consigo olvidarlo, no volveré a poder dormir».

—Así que fueron al bosque, y hallaron a aquellos hombres en la linde. Hans Thorbjorn estaba de pie, con la espalda apoyada en un árbol, y todo el tiempo empujaba con las manos, apartaba de sí algo que no estaba allí. De modo que no había muerto. Y se lo llevaron, y lo condujeron a la casa de Nykjoping, y murió antes del invierno; pero siguió empujando con las manos. También estaba allí Anders Bjornsen; pero estaba muerto. Y le digo esto de Anders Bjornsen: que fue en otro tiempo un hombre hermoso, pero ahora su rostro no estaba, porque le habían chupado la carne de los huesos. ¿Lo comprende usted? Mi abuelo no lo olvidó. Y lo tendieron en las parihuelas que habían traído, y le pusieron un paño sobre la cabeza, y el sacerdote iba delante; y empezaron a cantar el salmo de difuntos lo mejor que pudieron. Pues bien, mientras cantaban el final del primer versículo, uno cayó al suelo, el que llevaba la cabecera de las parihuelas, y los demás miraron atrás, y vieron que el paño se había caído, y que los ojos de Anders Bjornsen miraban hacia arriba, porque no quedaba nada que los cerrara. Y esto no pudieron soportarlo. Por eso el sacerdote le volvió a poner el paño encima, mandó traer una pala, y lo enterraron allí mismo.

Al día siguiente, Mr. Wraxall consigna que el diácono fue a buscarlo poco después del desayuno y lo llevó a la iglesia y al mausoleo. Reparó en que la llave de este último colgaba de un clavo justo al lado del púlpito, y se le ocurrió que, como por lo visto la puerta de la iglesia solía dejarse sin cerrar, no le resultaría difícil hacer una segunda visita, más privada, a los monumentos, si es que entre

ellos había más cosas de interés de las que pudieran asimilarse a la primera. El edificio, cuando entró en él, le pareció no poco imponente. Los monumentos, en su mayoría grandes construcciones de los siglos XVII y XVIII, eran majestuosos, aunque recargados, y los epitafios y los blasones, copiosos. El espacio central de la sala abovedada lo ocupaban tres sarcófagos de cobre, cubiertos de un ornamento finamente grabado. Dos de ellos tenían, como suele ocurrir en Dinamarca y en Suecia, un gran crucifijo de metal en la tapa. El tercero, el del conde Magnus, según parecía, llevaba en su lugar una efigie de cuerpo entero grabada en él, y en torno al borde corrían varias franjas de ornamento similar que representaban diversas escenas. Una era una batalla, con cañones que vomitaban humo, ciudades amuralladas y tropas de piqueros. Otra mostraba una ejecución. En una tercera, entre árboles, había un hombre que corría a toda velocidad, con el cabello al viento y las manos extendidas. Tras él iba una forma extraña; sería difícil decir si el artista había pretendido representar a un hombre y no había logrado darle la semejanza requerida, o si lo había hecho deliberadamente tan monstruoso como parecía. En vista de la pericia con que estaba ejecutado el resto del dibujo, Mr. Wraxall se inclinaba por esta última idea. La figura era exageradamente baja y estaba, en su mayor parte, embozada en una vestidura con capucha que barría el suelo. La única parte de aquella forma que sobresalía de tal cobijo no tenía la hechura de mano ni de brazo algunos. Mr. Wraxall la compara con el tentáculo de un pulpo, y prosigue: «Al ver esto, me dije: “Así pues, esto, que es a todas luces una representación alegórica de alguna clase —un demonio que persigue a un alma acosada—, bien puede ser el origen de la historia del conde Magnus y su misterioso acompañante. Veamos cómo está retratado el cazador: sin duda será un demonio que sopla su cuerno”». Pero, según resultó, no había tal figura sensacional, solo la efigie de un hombre embozado sobre un altozano, que permanecía apoyado en un bastón y contemplaba la cacería con un interés que el grabador había procurado expresar en su actitud.

Mr. Wraxall reparó en los macizos y primorosos candados de acero —tres en total— que cerraban el sarcófago. Uno de ellos, según vio, estaba suelto y yacía sobre el suelo. Y entonces, reacio a entretener más al diácono o a malgastar su propio tiempo de trabajo, siguió su camino hacia la casa solariega.

«Es curioso —anota— cómo, al volver a recorrer un camino familiar, los propios pensamientos lo absorben a uno hasta excluir por completo cuanto lo rodea. Esta noche, por segunda vez, no me he percatado en absoluto de adónde iba (había planeado una visita privada al panteón para copiar los epitafios), cuando de pronto, por así decir, he vuelto en mí, y me he encontrado (como antes) doblando hacia la cancela del cementerio y, según creo, cantando o salmodiando algo así como: “¿Estás despierto, conde Magnus? ¿Estás dormido, conde Magnus?”, y luego algo más que no he conseguido recordar. Me ha parecido que debía de llevar un buen rato comportándome de esa manera absurda.»

Encontró la llave del mausoleo donde esperaba encontrarla, y copió la mayor parte de lo que deseaba; de hecho, se quedó hasta que empezó a faltarle la luz.

«Debí de equivocarme —escribe— al decir que uno de los candados del sarcófago de mi conde estaba sin cerrar; esta noche veo que hay dos sueltos. He recogido ambos y los he dejado con cuidado en el alféizar de la ventana, después de intentar en vano cerrarlos. El que queda sigue firme y, aunque lo tengo por un candado de resorte, no acierto a adivinar cómo se abre. De haber logrado soltarlo, mucho me temo que me habría tomado la libertad de abrir el sarcófago. Es extraño el interés que siento por la personalidad de este viejo noble, algo feroz y torvo, me temo.»

El día siguiente fue, según resultó, el último de la estancia de Mr. Wraxall en Råbäck. Recibió unas cartas relacionadas con ciertas inversiones que hacían conveniente su regreso a Inglaterra; su trabajo entre los papeles estaba prácticamente concluido, y los

viajes eran lentos. Decidió, por tanto, despedirse, dar los últimos toques a sus notas y partir.

Estos últimos toques y despedidas, según resultó, le llevaron más tiempo del que había previsto. La hospitalaria familia insistió en que se quedara a comer con ellos —comían a las tres— y rozaba ya las seis y media cuando se halló al otro lado de la verja de hierro de Råbäck. Se demoró en cada paso de su paseo junto al lago, decidido a empaparse, ahora que lo pisaba por última vez, del sentimiento del lugar y de la hora. Y cuando alcanzó la cima del altozano del cementerio, se entretuvo muchos minutos, contemplando la perspectiva sin límites de bosques cercanos y lejanos, todos oscuros bajo un cielo de un verde líquido. Cuando al fin se volvió para marcharse, le asaltó la idea de que sin duda debía despedirse del conde Magnus tanto como del resto de los De la Gardie. La iglesia estaba a solo veinte yardas, y él sabía dónde colgaba la llave del mausoleo. No tardó en hallarse en pie sobre el gran ataúd de cobre y, como de costumbre, hablando consigo mismo en voz alta.

—Puede que en tus tiempos fueras un poco granuja, Magnus —decía—, pero, aun así, me gustaría verte, o, mejor dicho...

«Justo en ese instante —dice— sentí un golpe en el pie. Lo retiré con bastante presteza, y algo cayó al suelo con estrépito. Era el tercero, el último de los tres candados que habían cerrado el sarcófago. Me agaché a recogerlo y —el Cielo me es testigo de que escribo solo la pura verdad— antes de haberme incorporado se oyó un chirrido de goznes metálicos, y vi con toda claridad que la tapa se alzaba. Puede que me comportara como un cobarde, pero por nada del mundo habría podido quedarme un instante más. Estuve fuera de aquel espantoso edificio en menos de lo que tardo en escribirlo, casi tan deprisa como habría podido decir estas palabras; y lo que más me asusta todavía es que no logré dar la vuelta a la llave en la cerradura. Mientras estoy aquí sentado, en mi cuarto, anotando estos hechos, me pregunto (no hace ni veinte minutos) si aquel ruido de metal chirriante continuó, y no soy capaz de decir si

lo hizo o no. Solo sé que hubo algo más de lo que he escrito que me alarmó, pero si fue sonido o visión no consigo recordarlo. ¿Qué es esto que he hecho?»

¡Pobre Mr. Wraxall! Empezó su viaje a Inglaterra al día siguiente, según había planeado, y llegó a Inglaterra sano y salvo; y, sin embargo, según deduzco de su letra alterada y de sus anotaciones inconexas, hecho un hombre roto. Uno de los varios cuadernillos que me han llegado con sus papeles proporciona, no una clave de sus experiencias, sino una especie de atisbo de ellas. Gran parte de su viaje la hizo en barco de canal, y encuentro no menos de seis penosos intentos de enumerar y describir a sus compañeros de pasaje. Las anotaciones son de esta índole:

- 24. Pastor de una aldea de Skåne. El habitual abrigo negro y sombrero negro flexible.
- 25. Viajante de comercio de Estocolmo que se dirige a Trollhättan. Capa negra, sombrero pardo.
- 26. Hombre con larga capa negra, sombrero de ala ancha, muy anticuado.

Esta anotación está tachada, y se le ha añadido una nota: «Quizá idéntico al nº 13. Aún no le he visto la cara». Al remitirme al nº 13, descubro que se trata de un sacerdote católico con sotana.

El resultado final del cómputo es siempre el mismo. En la enumeración aparecen veintiocho personas, siendo siempre una de ellas un hombre con larga capa negra y sombrero de ala ancha, y otra una «figura baja con capa y capucha oscuras». Por otra parte, siempre se anota que a las comidas solo se presentan veintiséis pasajeros, y que el hombre de la capa acaso esté ausente, mientras que la figura baja lo está sin ninguna duda.

Al llegar a Inglaterra, parece que Mr. Wraxall desembarcó en Harwich, y que resolvió de inmediato ponerse fuera del alcance de cierta persona o personas que nunca especifica, pero a quienes había llegado, a todas luces, a considerar sus perseguidores. En

consecuencia, tomó un vehículo —era un coche cerrado de alquiler—, pues desconfiaba del ferrocarril, y cruzó el campo hasta la aldea de Belchamp St Paul. Eran cerca de las nueve de una noche de agosto iluminada por la luna cuando se acercaba al lugar. Iba sentado, inclinado hacia delante, mirando por la ventanilla los campos y los matorrales —poco más había que ver— que pasaban veloces a su lado. De repente llegó a un cruce de caminos. En la esquina había dos figuras inmóviles; ambas vestían capas oscuras; la más alta llevaba sombrero; la más baja, capucha. No tuvo tiempo de verles la cara, ni ellas hicieron movimiento alguno que él pudiera discernir. Y, sin embargo, el caballo se espantó con violencia y rompió a galopar, y Mr. Wraxall se hundió en su asiento presa de algo parecido a la desesperación. Las había visto antes.

Una vez en Belchamp St Paul, tuvo la fortuna de encontrar un alojamiento decente y amueblado, y durante las veinticuatro horas siguientes vivió, relativamente hablando, en paz. Sus últimas notas se escribieron ese día. Son demasiado inconexas y exclamativas para reproducirlas aquí íntegras, pero su sustancia está bastante clara. Espera una visita de sus perseguidores —no sabe cómo ni cuándo— y su grito constante es «¿Qué ha hecho?» y «¿No hay esperanza alguna?». Los médicos, lo sabe, lo tacharían de loco; los policías se reirían de él. El párroco está ausente. ¿Qué puede hacer sino cerrar la puerta con llave y clamar a Dios?

Todavía el año pasado recordaban en Belchamp St Paul cómo un caballero forastero llegó una tarde de agosto hace años; y cómo a la segunda mañana lo encontraron muerto, y hubo una indagatoria; y que el jurado que examinó el cuerpo se desmayó, siete de ellos se desmayaron, y ninguno quiso decir lo que había visto, y el veredicto fue de muerte por visitación divina; y cómo la gente que llevaba la casa se mudó aquella misma semana y se marchó de aquellos parajes. Pero no saben, creo yo, que jamás se haya arrojado, ni pudiera arrojarse, el menor rayo de luz sobre el misterio. Dio la casualidad de que el año pasado la casita vino a mis manos como parte de una herencia. Llevaba vacía desde 1863, y no parecía

haber perspectiva alguna de alquilarla; de modo que la mandé derribar, y los papeles cuyo extracto les he ofrecido aparecieron en un armario olvidado bajo la ventana del mejor dormitorio.